

TEXTOS DE Felipe Montes, 31 de julio de 2013

FELIPE MONTES



Felipe Montes es poeta, cuentista y novelista regiomontano. Realizó estudios de Maestría en Educación con Especialidad en Psicología Cognoscitiva, Especialidad en Lingüística Aplicada, ambas en el Tecnológico de Monterrey, y en Desarrollo Organizacional en la Universidad de Monterrey.

De 2003 a 2007 hizo su Doctorado en Estudios Humanísticos con Especialidad en Literatura y Discurso, en el Tecnológico de Monterrey. En su trabajo de tesis propuso una manera sistemática de clasificar las figuras literarias.

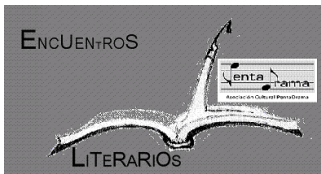
Toda su obra literaria se fundamenta en sus investigaciones sobre la mitología local, tanto urbana como rural. Sus narraciones transcurren en un Monterrey que condensa lo naturalista y lo fantástico.

Sus obras publicadas a la fecha son *El Vigilante* (novela), *El Enrabiado* (novela), *Casa natal* (poesía), *Víctimas de la noche* (teatro), *El sueño máximo* (performance), *Por fin educadoras* (teatro), *Sólido Azul* (novela), *El Evangelio del Niño Fidencio* (novela) y *Dolores* (novela).

Además, ha publicado en las revistas San Quintín, Historias de Entretén y Miento, Cultura Norte, Oficio, Coloquio y Voces al Viento, entre otras, y en los periódicos El Norte, El Diario de Monterrey y El Porvenir. Además algunos relatos, poemas y fragmentos de sus novelas han aparecido en diversas antologías regionales.

Actualmente, es director de la Cátedra de Creación Literaria en el Tecnológico de Monterrey, Campus Monterrey. Ha trabajado como fundador y coordinador de más de cincuenta talleres de creación literaria, y se encuentra trabajando en su más reciente proyecto: *La Yerbabuena*.

**[www.felipemontes.com/]
[fabricaliteraria.com/felipe-montes/]**



TEXTOS DE Felipe Montes, 31 de julio de 2013

Frío

Desciendo a la calle bajo esta noche perforada por el frío. El edificio queda atrás y, frente a mí, la Calzada Madero se endereza hacia el Cerro de las Mitras.

Las ráfagas mecen los grumos de lodo y hielo de los charcos.

Dos hojas secas de encino vienen, tocan mis pies, avanzan arrastradas por este aire.

Por la Calzada.

Camino sobre la acera en cuyas grietas clavan sus raíces los quelites; a mi costado se sostienen edificios derruidos: allá sus azoteas sueltan cabellos tirados por el viento; acá tiritan sus huesos de concreto. En sus entrañas, el vaho de los muebles empaña muros de mármol negro y cristales, y algún ratón roe la madera de una viga en esa oficina humedecida.

Puertas y ventanas cerradas de las casas; luz enferma entre la niebla espesa; trozos de vidrio congelado en la banquetta; calles hinchadas que desembocan en esta Calzada Madero que me lleva.

Que me lleva.

A mi izquierda, por una puerta abierta, se asoma una rodilla de carne blanda bajo una media corrida: una mujer de cabello rizado y largo hasta esos pechos que empujan su escote.

Su cara blanca me enfrenta.

Palidece.

Sus rojos labios se hacen rojos; su boca se abre.

¿Vienes conmigo?

Y yo miro sus ojos que se mojan.

No.

Y ella respira.

Y cierra la puerta.

Y adentro de su cuarto se arrastra una silla.

Y yo sigo mi camino a lo largo de esta Calzada cuyos dientes cariados me mastican.

Y las casas siguen, los edificios siguen, sus esqueletos de varillas se oxidan bajo sus carnes duras. Las gotas de agua rasgan un colchón en aquel terreno baldío cuyas piedras se acomodan.

Blanquean.

Bajo el frío.

Y sigo entre encorvados andamios de hierro y cuerpos de cemento demolidos.

Entre postes inclinados y muros.

Agrietados.

Sometidos.

Me detengo.

El Hospital Gonzalitos se yergue paralizado por las ciegas corrientes de este aire ante el cual mantiene cerradas sus ventanas. Me acerco más, alzo el rostro: sus vidrios me devuelven la mirada.

Y detrás de sus párpados traslúcidos se apretujan y se enredan las hileras de hierro de sus camas.

Allá está ella.

Avanzo hacia el frontispicio. Atravieso el portal.

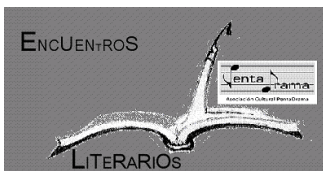
El extenso vestíbulo.

Subo las escaleras vacías; me sujeto del barandal que me arrastra, peldaño a peldaño, hasta el quinto piso. Entro en un ala cuyas habitaciones se suceden invadidas de pequeños botes de basura y sondas por el suelo.

Camino entre las filas de camas que se prolongan hasta perderse en las densas negruras de los fondos. Sobre sus sábanas se dilatan brazos, cuellos, piernas y troncos de hombres y mujeres cubiertos de vendajes; sus dientes se estiran sobre el hedor de las almohadas.



Asociación Cultural PentaDrama



TEXTOS DE Felipe Montes, 31 de julio de 2013

Y aquí, metida en la penumbra de este pabellón de carne muerta, envuelta en lienzos y pomadas, está ella: su espalda es una lámina de sangre.

Yo miro un rato las telas que la cubren, sus sábanas mojadas.

Rodeo su cama; me le acerco.

Coloco mi cara ante la suya.

¿Cómo sigues, Tila?

Y esas lágrimas secas bajo los párpados de Tila.

Tila: ¿cómo sigues?

Y Tila abre los ojos enlagañados y me mira entre algodones. Su mirada seca se extravía en cada recoveco de mi cara.

Pues aquí.

Muy despacio, me siento junto a su cadera. Tila y su piel vieja, su carne achicharrada, sus arterias y sus venas encerradas, sus dientes oxidados. Sus brazos, bajo las sábanas y metidos en esas largas vendas, adelgazados hasta el hueso.

Froto mis manos y pongo, más despacio, la palma de la izquierda en sus dos ojos.

Que se cierran.

Estás muy frío.

Descansa, Tila.

Y esas lágrimas recobran la humedad, se sueltan de sus párpados y corren, mejillas abajo, hasta sus labios, y de ahí se descuelgan a la almohada.

Y se sueltan y corren de los labios.

A la almohada.

En la pared, tras la cabecera, una araña se mete en un agujero. Afuera, el viento estremece los costados de este hospital mientras mi mano cubre los quemados párpados de Tila.

Que se secan.

Otra vez.

¿Cómo sigues, Tila?

Y se levanta una cortina entre dos camas de este pabellón de los quemados.

Y, cuando la cortina baja, afuera el viento suspende sus ataques.

La habitación oscura.

Separo mi mano de esta cara morena y arrugada, de estas fibras que abrigan sus dos ojos, de esos ojos cocidos por el fuego, dos canicas dulces que pierden.

Su tibieza.

Me levanto. Un enfermo me mira, mas vuelve a hundir su cabeza en las almohadas.

Envuelta en sus vendajes con ungüentos queda Tila acostada en esa cama.

Camino entre las hileras blancas, entre efluvios de cabellos chamuscados.

Llego a la escalera.

Bajo.

Atravieso la puerta; el frío se recobra, crece y pone sus dedos en mis sienes. En la explanada, las ráfagas pisan los charcos que extienden ante mí sus grumos de hielo y lodo.

Y vienen dos hojas secas de encino, tocan mis pies y se persiguen.

Y allá van, sobre la Calzada Madero ahogada en tanto frío.

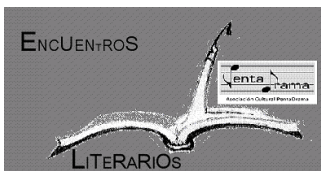
Sobre su piel atroz de calle quemada por el frío.

Allá se alejan.

Arrastradas.

Por el frío.





TEXTOS DE Felipe Montes, 31 de julio de 2013

CASA NATAL

MADRUGADA

Avanzamos por el fondo de barrancos, subimos
y bajamos lomas, acariciamos
con los pies el cuerpo de la tierra,
los mezquites marcan nuestras frentes.

En el interior de la tienda reconocemos
el mismo rigor de afuera, el mismo
filo en los cuchillos del aire,
la enredadera helada cuya semilla
colocaron nuestros padres,
hoguera reducida a brasas
por el peso de las familias, por ese revolotear
de hijos recién concebidos.

Es necesario olvidar
y buscar la memoria bajo la tierra,
bajo los espinos, bajo la arcilla azul
en que otras manos modelaron este valle.

ANDREA

¿Por qué no hablaste tú, si yo callé
en aquel patio cuyas piedras aún guardo
en mis rodillas?
¿Esperabas alguna señal, crecer, entender los rostros
de las nubes?

Ahora el viento carga los granos de arcilla
que cayeron de mis ojos,

el río arrulla a la ciudad
golpeándolas almas de sus muertos,
nuestros muertos.

¿A dónde fuiste, Andrea? ¿Por qué
pensé en hablarte, si tu aliento
se enroscó en mi boca?

VENTANALES

Del cristal, de su abdomen solar,
de la ceguera niña de esta casa
que tienta las calles
surge la llama negra en la que el sueño anida.

De la sangre transparente, del cielo
que da golpecitos para que le abra
sin que lo escuche,
parten los muebles, las estrellas y las cosas.

Nunca quise vivir en otro lado, nunca
envidié la luz, los aromas,
pero ahora repito en mi conciencia
el oscuro vaivén de su nostalgia.

Ruinas que viajan, oleadas de aire fresco
visitantes, curvilíneas,
asomando una nariz aquí, un fleco allá,
ojos de vidrio escarbando en mi casa,
esta casa de flores y cimientos,
casa clara en que los pasos han sido desechados.



Asociación Cultural PentaDrama